

CAPITULO III.

‘Echábase de ver en su graza que habia corrido mucho, y que debia ser en gran manera interesante su mensaje.’

LARRA. 3

El Doncel de D. Enrique el doliente.

El buque consignado á Jorge Otway habia anclado en el puerto de Guanaja el dia antes de la ~~Hegada~~ de Enrique, y á las pocas horas hubiera podido este volverse á Puerto-Príncipe con el cargamento, pero no lo hizo así. El cargamento fue enviado á su padre con un hombre de su confianza, y aunque nada le detenia en Guanaja

Enrique permaneció allí, sin poder explicarse á sí mismo el objeto de esta detención. Cuando sienten la necesidad de tomar una resolución decisiva los espíritus débiles descansan, en cierto modo, retardándola; y un día, una hora les parece un porvenir durante el cual esperan algún acontecimiento poderoso á decidirlos. Enrique veía ya positivamente destruidas sus últimas esperanzas: sabía sin ningún género de duda el verdadero estado de la fortuna de D. Carlos, y conocía sobradamente á su padre para esperar que consintiese en su unión con Carlota. Al volver á la ciudad sería forzoso confesar á Jorge la certeza que había adquirido del poco valor de las fincas que el señor de B... poseía en Cubitas, y la declaración que el mismo D. Carlos le había hecho de los considerables atrasos de su caudal. Su casamiento estaba fijado para dentro de un mes, y el joven veía que era llegado el momento de tomar una resolución y comenzar á proceder consecuente á ella. ¿Y cuál sería esta resolución? Momentos du-

bo en que la idea de renunciar á Carlota le pareció tan cruel, que si no hubiera tenido un padre codicioso, si hubiese sido libre en su eleccion, acaso la habria dado su mano con preferencia á la mas rica heredera de todas las islas: pero aun en estos momentos de exaltacion amorosa Enrique no pensó ni remotamente en contrariar la enérgica voluntad de su padre, y ni aun siquiera intentar persuadirle. Segun las ideas en que habia sido educado, nada era mas razonable que la oposicion de su padre á un enlace que ya no le convenia, y Enrique se reprochaba como una debilidad culpable el amor que le hacia repugnar la voluntad paterna.

... Esto es un hecho, decia él hablando consigo mismo, esa muger me ha trastornado el juicio, y es una felicidad que mi padre sea inflexible, pues si tuviese yo libertad de seguir mis propias inspiraciones es muy probable que cometiera la locura de casarme con la hija de un criollo arruinado.

Y sin embargo de raciocinar de este

modo, hallábase confuso y casi avergonzado al pensar que Carlota iba á conocerle por fin como un hombre interesado, y quizás á aborrecerle ó despreciarle. ¿De qué modo podría él sustraerse de un compromiso tan público y solemne sin dar á conocer el motivo de su mudanza? ¿y cómo dejar de aparecer á los ojos de su querida, de su querida tan generosa tan desinteresada, sin el aspecto odioso que su codicia debía darle?

Agitado con estos pensamientos paseábase á orillas del mar la tarde del segundo día de su llegada á Guanaja, y buscaba modo de decidirse á si mismo á volver al siguiente á Puerto-Príncipe.

Iré, decía, iré sin ver á Carlota, sin detenerme en Bellavista, diré á mi padre la verdad de todo y le suplicaré se revista de prudencia y discrecion, para que al romper mis compromisos no hiera demasiado el orgullo ni la sensibilidad de Carlota: le diré que busque, que invente un pretexto plausible, que disfrace en lo posible la verdadera causa de este rompi-

miento, y luego le pediré permiso para marcharme á la Habana, á Filadelfia, á Jamaica.... á cualquier parte. Viajaré cuatro ó seis meses para distraerme de esta pasión, que me torna débil como un niño.

Pero apenas habia tomado esta resolución, parecia que algun mal espíritu ponía delante de sus ojos á Carlota mas bella, mas tierna que nunca, y la veía desolada reconvenirle por su abandono, echarle en cara su avaricia y acaso despreciarle en su corazón. Luego, (y este último cuadro le afectaba mas vivamente,) luego la veía consolada de su perfidia con el amor ardiente y desinteresado de un apasionado criollo, y le juzgaba dichoso y á ella tambien dichosa. Entonces sentía que la sangre se agolpaba á su cabeza y á su corazón, y que le ahogaba. Porque los celos son á veces mas omnipotentes que el mismo amor, y el hombre menos capaz de sentir en su sublimidad esta noble pasión, es acaso susceptible de conocer los celos en toda su terrible violencia. El hombre, egoísta por naturaleza, se irrita de ver gozar á

otro la felicidad que él mismo ha despreciado, y muchas veces cesando de amar se cree todavía con el derecho de ser amado. Las almas grandes, como las débiles, los elevados y los bajos caracteres son susceptibles de celos, pero cuán diverso aparece el mismo sentimiento! ¡Cómo las pasiones se amoldan, por decirlo así, al corazón que dominan! Sab sucumbiendo á los celos devorados por largo tiempo en el secreto de su alma, Sab sintiendo quebrantarse su corazón á la espantosa idea de un rival indigno y feliz, solo llora que sus tormentos no compren la felicidad de Carlota. Enrique no puede sufrir esa felicidad de la muger que abandona, y el pensamiento de que un amante mas digno goce un bien que él ha despreciado le saca de su habitual serenidad para hacerle probar un cáliz de amargura y de furor.

La tarde era cálida y calmosa. Estábase á mediados de junio y ya empezaba la atmosfera á tomar aquel aspecto amenazante que caracteriza el verano de las Antillas. Después de la gran tempestad que se sintie-

ra algunos dias antes, el tiempo habia que-
dado fresco y hermoso, pero desde su lle-
gada á Guanaja Enrique habia notado los
signos que presagian las tempestades, casi
diarias en aquellos paises desde junio hasta
setiembre. En la tarde á que nos referimos
la calma era tan profunda que el mar apa-
recia terso y bruñido como un espejo, y
no se percibía ni un soplo, ni un movimien-
to. La ribera estaba desierta: no se notaba
nada de aquel bullicio y de aquella activi-
dad que parece indispensable en un puerto
de mar. Dos goletas y algunas otras embar-
caciones mas pequeñas ancladas en el puer-
to, yacian tristes é inmóviles, sin que la can-
cion ó los gritos de un marinero viniesen á
dar vida á aquella inmensa soledad. Sola-
mente algunas grullas aparecian por inter-
valos en la playa, para recoger silenciosa-
mente los mariscos que la poblaban.

Enrique se habia sentado tristemente en
una peña, y fijos sus ojos en el mar deja-
ba vagar su pensamiento. ¿Qué hará ahora
Carlota? decia interiormente, ¿esa alma
tan apasionada sentirá un presentimiento

que la anuncie que en este momento su Enrique piensa en el modo de abandonarla, ó bien confiada y alegre se gozará formando dulces proyectos de felicidad en nuestra próxima union? Y luego, hé aqui este puerto pobre y silencioso, pensaba él, cuando yo vuelva á ser tan rico como era, en vez de estos miserables barquichuelos esta bahia se verá adornada con elegantes buques, que traigan á mis almacenes las producciones de la industria de toda Europa. Si, por que si yo fuese poseedor de una fortuna mediana seria centuplicada en mis manos antes de veinte años, y luego ya no seria un triste traficante en una ciudad mediterranea, seria un opulento nogociante de New-york ó Filadelfia, y mi nombre seria conocido por los comerciantes de ambos emisférios. Y entonces ¿qué me importaria que Carlota de B.... tuviese un marido y me olvidase por él? ella llenaria su destino como yo el mio.

Enrique, como todo hombre que siente halagada su pasion dominante por una esperanza, aunque sea remota é incierta,

sintióse fuerte en aquel momento contra toda oposicion que pudiera presentarse al logro de sus deseos. Amor, celos, todo desapareció entonces, ó todo sucumbió á un poder superior: porque la ambicion de riquezas, lo mismo que todas las ambiciones, es una pasion fuerte y enérgica. El avaro sediento de oro huella con sus pies sus afectos, su propia ventura, si se le presentan en el camino que sigue para alcanzarlo, así como la ambicion mas noble, la de gloria, lo sacrifica todo para correr en pos del fantasma engañoso que oculta bajo una corona de luz una frente de ceniza. ¡ Oh ! ambos son igualmente insensatos, el que acumula oro para comprar un sepulcro, y el que sacrifica su juventud á un porvenir que no alcanza, y espira con la esperanza de que su nombre pasando de año en año y de siglo en siglo, llegue á perderse mas tarde que él en el insondable abismo del eterno olvido. Pero no digais al sediento de oro que no le dará la felicidad, ni al sediento de gloria que ella le conducirá al infortunio: ellos se levantarán para deci-

res, — no importa, mi alma lo necesita. Carlota, decía Enrique, fijando sus ojos en el anillo que brillaba en su mano; prenda de amor que le otorgara su querida; yo no podré amar á otra mujer tanto como á tí, ninguna podrá hacerme tan feliz como tú me hubieras hecho: pero el destino nos separa. Es preciso que yo sea rico, y tú no puedes hacerme rico, Carlota.

Se puso en pie entonces, decidido á volverse á la ciudad al día siguiente, y echó una mirada orgullosa en contorno suyo, como hombre que acaba de triunfar de un enemigo poderoso. Detúvose empero esta mirada quedando fija por algún tiempo, y su cabeza en la actitud de quien pone toda su atención en escuchar alguna cosa. Y era que Enrique percibió, primero confundidamente y luego con mas distincion, la carrera de un caballo, que se aproximaba evidentemente al sitio donde se encontraba. Parece que un instinto del brazo le advirtiera que algo de muy interesante para él se le acercaba en aquel momento, pues anduvo algunos pasos como para en-

contrar enas presto á aquel que se le aproximaba. De repente se paró: había ya descubierto al caballo y al hombre que le montaba: era tan violenta la carrera de aquel, que el ginete aunque haciendo visibles esfuerzos no pudo contenerle, como al parecer deseaba: el caballo pasó como una saeta, y solo se detuvo, poco á poco y como á su pesar, á muchos pasos de distancia del sibio en que se hallaba Enrique. Pudo ver sin embargo este que el ginete echaba pie á tierra y el caballo cubierto de espuma vacilaba, cayendo por fin á sus pies: el hombre se inclinó sobre él, y parecióle á Enrique que hablaba al pobre animal, el cual levantando lentamente la cabeza miró aun una vez á su amo, como si quisiera responderle, y dejándola caer al momento se estremeció en todo su cuerpo por dos ó tres veces, y en seguida quedóse inmovil. El hombre permaneció inclinado, y Enrique que se acercaba pudo percibir dos hondos y ahogados gemidos. Detúvose, sin poder defenderse de una cierta conmocion, y como el hombre incli-

nado levantase al mismo tiempo la cabeza, pudo conocer al mulato. ¡Sab! exclamó; y tal instante el mulato se puso en pie y se adelantó hacia él.

Enrique le consideró un momento. El sudor empapaba su cabeza y corría por su rostro en gruesas gotas: sus ojos tenían un brillo extraordinario, y su color parecía más oscuro que lo era naturalmente. En toda su fisonomía se notaba aquella especie de vivacidad triste y extraña que presta comúnmente la fiebre.

¡Sab, dijo Enrique, ¿que novedad ocurre? cuando me separé de tu amo no me dijo que vendrías á Guama: sin duda te conduce algún motivo extraordinario y exigente, pues parece has echo un viage muy apresurado.

Y al oír su merced, contestó el mulato señalando su caballo: ¡Está reventado! ¡muerto! ¡Habe poco mas de cuatro horas que sali de Bellavista.

Poco mas de cuatro horas: exclamó Enrique, diez leguas en cuatro horas reventando tu jaco tan querido! sin

:

duda es muy exigente el motivo.
Esta carta informará á su merced respondió Sabalargándole un papel y dejándose caer quebrantado junto á su caballo. Enrique rompió el sello con mano mal segura, y mientras leía, el mulato tenía fijos en él los ojos, sonriendo con amargura al ver la notable turbacion que se pintaba en el rostro del inglés. La carta era del Sr. de B... y decia asi.

«Son las dos de la tarde Enrique, y aun no hace una hora ha venido Sab de la ciudad trayéndome la correspondencia de la Habana del correo pasado, que no recibí á su debido tiempo, por no sé qué fatalidad maldecida. Esperaba carta de mi hijo y en vez de ella he recibido una del director del colegio, en la que me participa que la tisis que parecia amenazar á mi hijo, hace tantos años que ya habíamos cesado de temerla, se ha declarado súbitamente con extraordinaria violencia. Eugenio se hallaba tan malo á la salida del correo que los médicos le daban pocos días de vida. El hijo de mis entrañas mostrá-

base resignado á la muerte cuya proximidad conocía, pero atormentado por el deseo de verme una sola vez antes de dejarme para siempre. Ya conocerás, Enrique, la fuerza que semejante deseo debe tener en el corazón de un padre. Mañana mismo salgo para la Habana y no se si podre volver; no se si me será posible resistir á este golpe despues de tantos otros, y si podre sobrevivir á mi hijo. Como quiera que sea quiero al marcharme dejar con su esposo á Carlota. Mis orgullosos parientes me han renunciado y yo no puedo dejar solas á mis hijas. Por tanto no salgo hoy mismo para la Habana porque quiero presenciar antes tu enlace con Carlota. Sab marcha inmediatamente con toda la prontitud posible á llevar-te esta carta, y tu no debes dilatar ni un minuto tu regreso á Puerto-Príncipe, para donde salgo con mi familia dentro de dos horas. A tu llegada todo estará dispuesto para que puedas casarte en mi casa inmediatamente, y un minuto despues partiré dejándote entregada mi familia, mis adoradas hijas, que acaso no ten-

drán otro apoyo, ni otro padre que tu.

Y en sin dilacion, hijo mio, á recibir el preciosa depósito que quiero confiarte.»

Carlos de B. Enrique temblaba y una palidez lívida habia sucedido, mientras leia esta carta, al bello color de rosa que tenia comunmente sus mejillas. El mulato, siempre fija en él su mirada penetrante—y bien, le dijo, ¿qué determinais?

Enrique tartamudeó algunas palabras, de las cuales Sab solo pudo comprender—imposible! no puedo sin orden de mi padre dejar á Guanaja.—Sab calló, pero su mirada siempre fija en el ingles parecia devorarlo. Enrique lleno de turbacion y desconcierto, apenas pudo leer la posdata que seguia á las últimas líneas de la carta de D. Carlos, y que el mulato le indicó con un gesto espresivo. La posdata decia:

“La suerte, por una cruel irrisioun, ha querido compensar el golpe mortal dado en mi corazon con la pérdida de mi hijo otorgando fortuna á mi hija mayor. Carlota, ha sacado el premio de cuarenta mil

después en la última lotería Enrique, tu que no pierdes un hijo, puedes dar gracias al cielo por este favor. "quero ganhar o meu

Al concluir de leer Enrique estas palabras, Sab, volvió á preguntarle: ¿y bien sabes, o que determina su merced?—Marcelino inmediatamente á Puerto-Príncipe contestó el joven con resolución.

—Ya lo sabía yo, dijo el mulato con sombrisa sardónica, y apartó de Enrique su mirada, que expresaba en aquel momento un profundo desprecio. — ¡Venga, lo que lo Venga, vamos a marchar ahora mismo. El m-Su merced marchará solo, respondió Sabi volviendo a sentarse junto a su caballo y estov rendido de cansancio.

—Tienes razón, pobre Sab; yo no puedo perder un minuto, pero tu quédate hasta mañana; mi obsequio me hará olvidar a cualquier otro. Si, dijo Sab; apresúrese su merced: yo tengo necesidad de reposar un momento. Enrique se alejó; Sab le siguió con los ojos hasta que le perdió de vista, y luego dejó caer sobre el cadáver del pobre animal tendido a su lado. — Ya no existes, dijo

con triste voz, ya no existes mi pobre amigo; has muerto, cumpliendo con tu deber, como yo moriré cumpliendo el mio. Pero es terrible este deber! ¡es terrible! mi corazon está reventando como tu, mi pobre amigo, pero tu no sufres ya y yo sufro todavia. — Esto es hecho! añadió, enseguida levantando su cabeza abatida y echando una mirada estraviada en torno suyo: esto es hecho; ya no hay remedio... ¡no hay esperanza! Algunas horas mas y ella será suya! ¡suya para siempre! ¡para siempre! El cielo para el en esta vida, y para mí el infierno porque el infierno está aquí, en mi corazon, y en mi cabeza.

Levantóse y tendió su mirada en la extension del mar que estaba delante de él. Entonces se estremeció todo, y como si quisiera apartar de si un objeto importuna estendió las manos con fuerza, desviando los ojos al mismo tiempo. La muerte! — era una terrible tentacion para el desventurado, y aquel mar se abria delante de él como para ofrecerle una tumba en sus abismos profundos. Mucho debió costarle re-

sistir á esta terrible invitación. Levantó al cielo su mirada, y con ella parecía ofrecer á Dios aquel último sacrificio, con ella parecía decirle: — Yo acepto el caliz que me has mandado apurar, y no quiero honrojarlo mientras tú no me lo pidas. Pero ya está vacío, rómpele tú, Dios de justicia! — El cielo oyó sin duda sus oraciones, y Dios tendió sobre él una mirada de misericordia, pues en aquel momento sintió el infeliz quebrantarse todo su cuerpo, y heló su corazón, el frío de la muerte. Una voz interior pareció gritarle: — Pocas horas desusfismientote, te restan qu tu infamia sobre la tierra; está ya terminada. — Y el cielo le ordenó: — Sab aceptó aquel vaticinio, miró al cielo con gratitud, dejó caer la cabeza sobre el cadáver de su caballo, y se bañó con el caño de sangre que brotó de su boca. — Un pescador, que venía á tender sus redes á orillas del mar, pasando un momento despees por aquel sitio, vió el extraño espectáculo de un hombre y su caballo hallados tendidos y sangrando en derredor, y creyó que acababa de descubrir un asesino.

tó, y en su primer movimiento (fue ahuyir pero un gemido que oyó exhalar al que creía cadáver le obligó á acercarse. Registró en vano todo su cuerpo buscando la herida de que saliese aquella sangre, y con no poca admiración le halló. Entonces le tomó en brazos para trasportarle á su casa (que estaba cerca) y mientras se ocupaba en levantarle con piadoso cuidado, el moribundo hizo un violento esfuerzo para soltarse de sus brazos, y con patmos indecible le vió el pescador ponerse en pie, como un espectro pálido, y cubierto de sangre. Un caballo (dándole un caballo) en nombre del cielo! buen hombre! exclamó. Sabo cuánto estoy tan malo que no pueda andar siete leguas con el fresco de la noche: ¡ohadme un caballo! Si me pidieras una barca podria servirte, respondió. Todavía se recójó el pescador, pero como caballo, no le tengo. Sin embargo, ¡por caray! ve el tío Juanito compadre que podrá prestarnos el suyo, y así aludido, con - Bien, llevadme donde está ese hombre! - El pescador presentó su brazo á Sahy,

que se apoyó en él porque estaba trémulo; echó una lenta y última mirada sobre el cadáver de su caballo y se dejó conducir por el pescador á la casa del tío Juan.

delos cordones de sus zapatos
 y al volver en sí se acordó de
 haberse caído y se puso á reír.

— ¡Qué gracia!



Para la una de la noche y todo ya en
 silencio y reposo en la ciudad de Cádiz
 los habitantes de la tierra roja descansaban
 — los y las — en sus hogares, y solo
 durante de los trabajos de la agricultura
 durante algunos meses, algunos transeúntes
 por las desiertas calles, interrumpían por
 momentos el silencio de la noche con sus
 palabras y sus risas. Sin embargo, en
 aquella hora de calma y de reposo